

FUENTES ACTUALES PARA LAS FUTURAS INVESTIGACIONES HISTORICAS *

Aurelio Tanodi

Antes de empezar con la conferencia sobre las "Fuentes actuales para las futuras investigaciones históricas", tenemos que expresar nuestro agradecimiento por la invitación a los señores Director del Instituto Riva-Agüero, Dr. José A. de la Puente Candamo y Prof. César Gutiérrez Muñoz, nuestro amigo del Curso Interamericano de Capacitación Archivística de Córdoba, quien nos ha vinculado con esta prestigiosa Institución y, con exquisito espíritu hospitalario, acompañado de sus amistades, nos ha evidenciado el calor humano peruano.

Pedimos disculpas por las deficiencias de esta conferencia, debidas al escaso tiempo disponible para su preparación y restringida bibliografía, razón por la cual omitimos citas bibliográficas exponiendo algunos aspectos de nuestros estudios y experiencias profesionales con los defectos inherentes a tal procedimiento.

Sentimos el muy grato deber de expresar nuestra íntima satisfacción de estar en medio de un selecto grupo de personas de esta nación peruana, tan rica en trayectoria histórica y pujante en el desarrollo presente, dedicadas a la investigación histórica o interesadas en el siempre apasionante afán de penetrar en el conocimiento del pasado humano.

El objeto de esta conferencia no es tratar sobre un tema de investigación histórica, ni incursionar en la teoría de la ciencia histórica o en el más alto vuelo en la filosofía de la historia; simplemente nos proponemos exponer algunos aspectos relacionados con la metodología histórica en su primera etapa, la heurística, tocando también un poco de la crítica fontanal.

A pesar de esta limitación, no debemos olvidar que el quehacer histórico, la ocupación profesional del historiador, abarca la totalidad del enfoque científico, y la concentración en un aspecto parcial metodológico no lo desvincula de la visión total de la problemática con la cual se relaciona un tema especial. Por consiguiente, al discurrir sobre la conservación sis-

* Conferencia ofrecida en el Instituto Riva-Agüero.

temática de las potenciales fuentes actuales para los futuros investigadores, se debe tener en cuenta también el concepto personal de los investigadores con todos sus fundamentos teóricos e intereses, desde la posición individualista —que toma al hombre como protagonista, libre en sus decisiones que crean acontecimientos particulares, singulares, que son únicos, irreversibles, diferentes unos de otros y que en su conjunto crean el devenir— hasta la posición opuesta, la colectividad, en la cual el individuo casi desaparece confundiéndose con la masa social, sujeta a los procesos y cambios de larga duración que obedecen a las leyes que rigen el desarrollo de la especie humana.

El historiador, como persona, tiene su posición ideológica, a la cual trata de profundizar y argumentar con fundamentos teóricos para llegar a una armonía interior entre los postulados conceptuales, inclusive dogmáticos, para él comprobados por los resultados científicos interpretados dentro de su esquema ideológico, y la experiencia de la vida. Como tal, está sujeto a la simpatía o rechazo consciente o subconsciente en la interpretación de las fuentes de información, no exento de *ira* y de *studio*, pero al convertirse en programador o asesor experto en recolección y conservación de acervos fontanales, debe hacerlo *sine ira et studio*, de manera imparcial, hasta llegar a la convicción de que se debe conservar todo para todos, es decir, todas las fuentes conservables en vista a la futura investigación para todos los historiadores, cualquiera que fuera su convicción ideológica y el propósito de sus pesquisas extensibles a todos los temas imaginables.

La intolerancia ideológica y partidista —al pronunciar estas palabras no queremos tomar la posición de un juez, sino que ellas surgen del conocimiento, de la experiencia de siglos y milenios de desarrollo cultural que han permitido la formación de conceptos de tolerancia, de comprensión humana— nos ha privado de importantísimas fuentes documentales. La valoración de obras literarias, artísticas, documentales, etc. pertenecientes a civilizaciones o corrientes basadas en conceptos ajenos a los propios, ha hecho verdaderos estragos. Hoy lamentamos la quema de la Biblioteca de Alejandría, de libros visigodos escritos en letra ulfiliana, de manuscritos mayas y aztecas, de archivos de señores feudales de Francia...; la lista completa sería así interminable.

Historia, como ciencia que se ocupa del hombre, lleva en sí las dos características, que permiten la identificación humana a través de milenios: lo permanente, lo “eternamente” humano por un lado, y lo que cambia constantemente.

Entre las características de índole permanente, en relación con la historia, consideramos el interés del hombre por el pasado, que nos parece in—nato, o con—natural, al igual que el deseo de perpetuar la memoria de lo actual, inclusive de su personalidad, en el futuro próximo y remoto en el cual se mirará el momento ahora actual como algo ya pasado.

Desde que comenzó la época grafística, en la cual el hombre por me-

dio de la escritura ha podido expresar y comunicarse de una manera mucho más perfecta que en la época ágrafa, tenemos pruebas de este deseo de escudriñar las profundidades del pasado. El interés por la historia es una de las esenciales características de las civilizaciones que han forjado la occidental, a la cual pertenecemos, y en base a la experiencia podemos estar seguros que el hombre del futuro se interesará por el pasado.

El deseo de perpetuar la memoria se manifiesta claramente en la época grafística, si no ya en la proto y prehistórica. De una manera clásica inigualable lo ha expresado el poeta romano, en sólo cuatro palabras en la lengua de extraordinaria fuerza expresiva: “monumentum aëre perennius feci” — “he erigido un monumento más duradero que el bronce”, refiriéndose a sus poesías.

Condicionado por el tiempo, sumergido en el tiempo, imposibilitado de vivir concretamente fuera del tiempo presente en el mismo instante de su aparición desaparece, irreversible en la plenitud y contenido de su acaecer se sumerge en el mar del pasado, el hombre quiso, quiere y —podemos decir con seguridad— querrá romper de una u otra manera la limitación temporal, la fugacidad del presente y salvar del olvido lo pasado y proyectarse a sí mismo en el futuro sin límites.

Qué otra cosa son las inscripciones en los monumentos erigidos por los faraones o reyes de reyes sino el deseo de perpetuar la memoria de sus actos gloriosos. Y cuántas otras fuentes que nos cuentan los hechos considerados sobresalientes por sus autores o contemporáneos expresan este deseo, que los pudientes y ricos griegos y romanos manifestaron en la creación de estatuas en mármol y bronce, o en escritos más perdurables que la piedra y el metal a que se refiere el poeta romano en la frase arriba citada, que han desaparecido bajo los embates del tiempo, pero los versos del poeta —más perdurables que el bronce— todavía deleitan a los que saben gozar de la belleza imperecedera de las obras clásicas.

En síntesis; para que el deseo de proyectarse en el futuro, pasando las barreras que impone la vejez, la muerte, la desaparición física del hombre, encuentre un eco, debe haber otros componentes innatos: rescatar el recuerdo del pasado en el futuro que se hace presente, es decir el hombre debe interesarse por el pasado. Efectivamente, esta es otra constante: el interés por la pesquisa del pasado que incumbe a la investigación histórica.

Paralelamente, mejor dicho, mezcladas, a las características permanentes, marchan otras, cuya constante es el cambio.

En los incesantes momentos “actuales” siempre se producen acontecimientos que tienen repercusión en el futuro —como causas, antecedentes de resultados, efectos posteriores, en el sentido sea de un eslabón, anillo dentro del proceso, progreso, desarrollo o concatenación que se inspira y sigue enraizado en el pasado, lo anterior, dentro de un “normal” proceso de evolución de “larga duración” estructural, sea en el sentido de irrupción, tranquila o

violenta, de nuevos factores como producto de la libertad de concepción, planificación, realización humana. Es indudable la importancia de fuertes personalidades, las cuales, dentro de un marco externo dado, imprimen características nuevas al desarrollo, sea acentuando y apresurando su curso, sea creando nuevas situaciones, las cuales no se habrían producido sin su intervención o no habrían ocurrido en la medida y forma determinadas por ellas.

Para el desarrollo normal, y más para las nuevas corrientes políticas, sociales, económicas, culturales, etc. el momento actual puede ser, y a menudo es, un momento decisivo; sin embargo, a nosotros, los coetáneos de este proceso, nos falta la perspectiva de su justa captación y comprensión, porque las fuentes de información o son de difícil acceso —los documentos contemporáneos a menudo son secretos, confidenciales, reservados—, o todavía no están producidos, v. gr., las memorias sobre la actualidad que escribirán o darán a conocer los coetáneos, o se refieren a hechos, acontecimientos que no sabemos con seguridad qué efectos producirán en el futuro para poder comprender y enjuiciar su importancia y proyección.

Todo esto sugiere la conveniencia de sistematizar las fuentes de información, inclusive estimular su creación, más que todo las de carácter narrativo.

Es ampliamente conocida la importancia del testimonio que dan las fuentes de información y de prueba para el conocimiento del pasado humano que es el fin de la investigación histórica.

El método histórico es sui generis; aunque utiliza, como auxiliares o complemento, los métodos de ciencias puras y aplicadas, tiene una peculiaridad que lo distingue de los demás: el conocimiento histórico es posible únicamente y en la medida que se dispone de fuentes. Donde no hay fuentes no hay historia. La búsqueda y el conocimiento de las fuentes —la heurística— son los fundamentos del método histórico.

Esta dependencia de la fuente obliga a su sistemática conservación como primer e ineludible paso de conocimiento, siguiendo el criterio sobre su autenticidad y la veracidad de la información, con análisis de sus elementos componentes, la interpretación que da el historiador a la "letra", el "dato", al "objeto", interpretación que es tanto más necesaria y hasta apasionante cuanto menos explícita es la fuente: ¿a qué interpretaciones se presta Machu Picchu?

Permítanme un pequeño desvío. Al visitar, hace pocos días, el Archivo de Cuzco, pudimos, en breve recorrido, captar algo de esta ciudad y sus alrededores y hacer una excursión a Machu Picchu. No podemos silenciar nuestra admiración a este conjunto que forma una de las, para nosotros, más impresionantes maravillas del mundo, por sus restos vivos y elocuentes de la grandiosidad de dos civilizaciones de América, la incaica y la hispánica, en un contorno natural de deslumbrante belleza. A cuántas interpretaciones, a qué vuelo de imaginación sostenida por las pruebas de restos arqueológicos

se prestan las piedras aparentemente mudas de Sacsahuaman, de Machu Picchu... Todo este tesoro, como miles más que alberga el privilegiado suelo peruano, merece toda la atención, cariño y esfuerzos, también de los historiadores en procura de su mejor conservación para la nuestra y las futuras generaciones.

Dentro del método histórico, sigue la elaboración de un tema —sintetizando los informes parciales, de fuentes incoherentes, de distintas procedencias y naturaleza como mosaicos dispersos de un cuadro que pretende restituir el artífice historiador que expone oralmente o, con preferencia, por escrito, los resultados de sus investigaciones.

Nos interesa todo lo que de cualquier manera nos da testimonio, información, prueba sobre el pasado humano.

Son muchas las fuentes, diversas en su género y formas testimoniales. A algunas de ellas debemos poner mayor interés en relación con nuestro tema, sin entrar en las cuestiones de su sistematización por tratadistas del método histórico. Nos incumbe mencionar los documentos, inclusive cartográficos, conservados en los repositorios (archivos, colecciones documentales, centros de documentación o como proponemos llamar; documentarios), fotográficos, fonográficos, cinematográficos e informativos, narrativos, especialmente las memorias y autobiografías, de folklore, ritos de tradición que desaparecen, diarios y periódicos de bibliotecas, monumentos y objetos conservados en lugares históricos y museos.

Nos referimos aquí al doble aspecto de su conservación. El primero se refiere a las fuentes ya consideradas históricas debido a su antigüedad y para las cuales el historiador actual, aunque no puede aprovecharlas todas de inmediato o en un futuro que esté a su posible alcance para la investigación concreta o planificada, quiere que se conozca su existencia y se conserven lo mejor posible por los siglos venideros. Este afán tuvo como consecuencia y hoy se manifiesta en el empeño de crear o modernizar las instituciones encargadas de proteger del daño y destrucción las fuentes en archivos, bibliotecas, museos, lugares históricos, colecciones particulares, etc.; es decir, procura la protección del patrimonio cultural: documental, arqueológico, artístico, incluyendo la restauración de obras dañadas.

El segundo constituye la colección y conservación de fuentes de información y pruebas actuales, que sin una preocupación sistemática y planificada están en serio peligro de desaparecer, porque o no se les da debida atención o ninguna institución ex—professo se ocupa de esta documentación.

El problema se agrava porque en las últimas décadas han surgido nuevas clases de fuentes de información paralelamente con el crecimiento cuantitativo de las fuentes tradicionales archivísticas, expuestas también éstas, a veces, a la indiscriminada desaparición por la premura de disponer del lugar que ocupan tales masas para oficinas siempre crecientes u otros fines “prácticos”, sacrificando los papeles “inútiles”.

Se producen también en creciente cantidad nuevas clases de testimonios, que no se conservan, por lo general, en los repositorios, bibliotecas o museos y desaparecen casi con la misma rapidez como se producen. Nos referimos al material de la documentación escrita, gráfica, cuya vigencia práctica es de corto plazo, rápidamente "envejecida" y desplazada por la nueva fuente de información.

Otras clases de documentos, que trascienden la tradicional fuente gráfica, son las reproducciones de imágenes, las fotografías, los discos y cintas grabadas, las películas mudas y sonoras, las cintas y discos de máquinas electrónicas. El vertiginoso desarrollo técnico en los últimos cien años, ha rebasado ampliamente la época "gráfica", basada en la escritura como principal y casi único medio de comunicación y expresión registrada y se ha extendido, como ya dijimos, a la información fotográfica de imagen inmóvil captada, a la fonística, que registra el sonido, la voz, a la cinematográfica de imagen en movimiento con la posible combinación con el sonido, la voz fluida y, por fin, la informática que recoge, procesa y transmite la increíble cantidad de información.

La intervención del historiador en la labor heurística, especialmente la relacionada con las fuentes escritas, gráficas, tomada desde el punto de vista de su sistemática conservación, se refería antes a la búsqueda, recolección y conservación en archivos, bibliotecas, museos y colecciones documentales de documentos considerados históricos, es decir, desvinculados del quehacer "práctico", administrativo, legal—jurídico, contable, etc. El fruto de tal obra fue la creación de archivos históricos y otros repositorios impulsada por los historiadores.

Hoy, como insinuamos, aparte de la vigencia de esta función que mira hacia el pasado, se agrega otra: mirar hacia el futuro.

Pero, aquí surge un gran interrogante: ¿qué va a ocurrir en el futuro? Los conceptos sobre la historia, sus objetivos, sus auxiliares metodológicos, sus intereses, ¿serán total o parcialmente idénticos, parecidos o diferentes de los nuestros? La historia como ciencia es "hija" de su tiempo y puede cambiar, evolucionando. ¿Serán válidos los nobles y desinteresados deseos puros de conocer la verdad sin titubeos, en toda la grandeza y amarga desnudez de lo humano, en un afán cognoscitivo del saber; tratará el futuro historiador de encontrar en sus investigaciones el material probatorio de su convicción ideológica, justificar la exactitud de posiciones tomadas? ¿La utilizará como elemento educativo de la juventud despertando la conciencia nacional, social, ideológica, filosófica, religiosa, o la tomará como elemento de diversión para novelas, películas, o para entender mejor el momento actual, como elemento útil en el mejoramiento de sus condiciones de vida, aprovechando las experiencias, logros y fracasos anteriores y, en base a tal conocimiento planificar mejor el futuro, o demandar algunos aspectos que nosotros no alcanzamos ni con la fantasía?

¿Qué podemos contestar? Llamemos en ayuda a la experiencia y la imaginación. La experiencia que nos muestra lo “eternamente” humano en el deseo de conocer el pasado y la inevitable atadura a las fuentes, son pilares que consideramos inamovibles, primera por ser con—natural al hombre, y la segunda metodológica que parece valedera para siempre: donde no hay fuentes, no hay historia.

La experiencia ayuda a algo más concreto: consideramos que muchos enfoques actuales, aunque con variaciones que no podemos precisar, continuarán en vigencia en el futuro, y que las fuentes serán valoradas con criterios parecidos a los nuestros.

Imaginación. En base a los largos estudios impregnados de actividad creadora en la elaboración de sus obras, el historiador completa la información fontanal aislada con la ayuda de la imaginación analizada por estricto pensamiento lógico que no permite excederse en lo fantástico no comprobable, para llegar a su obra. La misma imaginación le sirve para considerar qué clase de fuentes, con qué contenido y en qué extensión podrán ser de interés en el futuro. Sin duda, en esta apreciación no está exento de errores, de equivocaciones involuntarias, pero si trata el problema con responsabilidad, nadie en el futuro podrá reprocharle de falta moral.

Junto con la cuestión heurística y como un aspecto subsidiario, relacionado intrínsecamente con las fuentes como tales, incumbe al historiador, antes de empezar su verdadera obra del estudio e investigación del tema elegido, la depuración fontanal en cuanto a la autenticidad y veracidad se refiere. Si bien, lo más importante en el momento actual es la sistemática conservación y producción de documentos, no obstante la función del historiador es extensible, con toda justificación, y sería deseable que lo sea, a la crítica fontanal, sobre todo la de documentos grafísticos, de diarios y periódicos en general y de clases narrativas como son las memorias y autobiografías.

La crítica sobre la veracidad es más delicada porque se refiere a la verdad o falsedad de la información, testimonio y prueba que da el contenido. Es la cuestión de fondo, porque la finalidad de la historia como ciencia es la búsqueda de la verdad, y esta verdad es alcanzable únicamente en cuanto y en que medida disponemos de fuentes fidedignas. Cualquier defecto de la fuente en este sentido ineludiblemente, si no está advertido, estudiado y ponderado por el historiador, induce a conclusiones erróneas, retocadas o eliminables, si posteriormente, se efectúa la crítica sobre la veracidad.

Los documentos oficiales, aparte de ser en su enorme mayoría, auténticos, son a su vez verídicos. En la enseñanza sobre el método histórico, hemos buscado las posibles falsificaciones entre la archivalia moderna, pero sin mayor resultado. Entre los documentos privados, ocurre algo parecido, con informes falsos, v. gr. los documentos contables que no dan informes

exactos, en la doble contabilidad de algunas empresas que la llevan con fines de evasión de impuestos, etc.

La crítica aguda se requiere con el gran "competidor" de la archivalía: el periódico, sobre todo el diario. A menudo responde a una bien definida tendencia política, ideológica, a un grupo económico, etc., y defiende, directa o solapadamente, los intereses respectivos. Desde el punto de vista de veracidad, existe toda una escala de matices, desde la información completamente verdadera, hasta la retocada, distorsionada, solapadamente falseada en mayor o menor medida, hasta la completamente falsa. El largo discurso de un político puede publicarse en toda su extensión tal como fue pronunciado o se lo recorta por falta de espacio y extrae lo que considera más importante, y todo que queda de él es verdadero, pero no es toda la verdad, inclusive se pueden seleccionar las partes que son de interés para comprobar la posición del periódico silenciando todo lo que se considera contrario o inconveniente. Si este discurso está pronunciado ante 500 personas, agregando u omitiendo un cero se llega a los números de 5,000 y 50 respectivamente. Una fotografía sacada del público, enfocada en su parte compacta da la impresión de muchedumbre, tomada la periferia se obtiene la impresión de vacío. ¿Qué veracidad tienen los rumores que trascienden al periódico? Cuántas cosas se leen "entre líneas". ¿Cómo sabrá el futuro investigador a qué atenerse? Si hay libertad de prensa, podrá comparar los datos que sobre el mismo asunto dan varios diarios, aun los de posiciones opuestas; pero, si la prensa está controlada o dirigida, escapa de su control el cotejo de información.

Algo parecido ocurre con otros modernos medios masivos de información registrada, v. gr. los noticieros que se dan en los cines, en la televisión.

Tarea no menos delicada la constituye la crítica de las memorias y autobiografías. Todos llevamos el deseo de justificar nuestras obras, aun aquellas en clara oposición a lo "justo", silenciar lo censurable, exaltar lo loable. En nuestros contactos personales con muchas fuentes narrativas creadas a través de los milenios, hemos encontrado una sola distinta de las demás: el Libro por antonomasia, escrito por los correligionarios, los cuales, en diferencia con otros libros, presentaron la verdad desnuda, con todos los defectos, equivocaciones, inclusive la maldad de los protagonistas, sin retocarlas, porque sabían que por encima de la debilidad innata al hombre que describían inclusive a sí mismos y sus amigos más íntimos, estaba la comprensión, el perdón, el amor del único hombre que ha dado de sí mismo la afirmación y el testimonio de la verdad: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", amante de la verdad, consciente de que "la verdad os hará libres".

Otras biografías, memorias, aun cuando se esfuerzan en decir la verdad, no están exentas de deslices, errores, falsedades. El historiador ya está prevenido y sabe con qué responsabilidad debe proceder.

¿Cómo aplicar estos conceptos a la conveniencia de la intervención di-

recta, aún protagónica del historiador que en las fuentes potenciales actuales? La respuesta, en gran parte, la da una palabra que hoy obtiene un significado extraordinario: la planificación.

Uno de los signos actuales —*signum temporis*— de la sociedad, sobre todo en los ámbitos nacionales e internacionales, es la planificación.

La conciencia de los problemas que agobian a la gente, sobre todo en el campo socio—económico y el deseo de encontrar soluciones y promover el necesario progreso, impulsa al estudio de las causas del estado actual del subdesarrollo y el conocimiento de la situación actual con su potencial concreto, lo que se logra en base a las fuentes de información documentales, las que sirven, a su vez, para la planificación de lo que debe efectuarse en el futuro inmediato y mediato.

Planificación y coordinación de conservación, inclusive producción de fuentes documentales.

Nos atrevemos a decir, que al historiador le pertenece la iniciativa de concebir y promover la planificación global y la coordinación, inclusive el estímulo de creación de fuentes actuales que podrán servir a los futuros historiadores como fuentes para el conocimiento de la época en que vivimos.

La planificación puede abarcar todas las esferas, personas e instituciones, que se ocupan profesionalmente, o como aficionados con tales fuentes, concretas o potenciales.

Especial función desempeñan los archivos, destinados a recoger y prestar servicios de la archivalía, que es la fuente más importante de origen público y privado, en la cual se reflejan, con el sello de autenticidad pocas veces puesto en duda, las actividades administrativas, contables y legales de todas las instituciones, desde la más alta jerarquía hasta las aparentemente insignificantes. Aquí están almacenados desde los documentos antiguos de exclusivo valor histórico hasta los más recientes que no han perdido la vigencia práctica, de tal manera que se habla de archivos históricos, archivos intermedios y archivos administrativos, llamados también corrientes o vivos.

El historiador debe ser consejero nato en la valoración de relativamente pocos documentos entre las grandes masas que producen las modernas oficinas que merecen ser conservados, en la asidua tarea de selección documental. Si el director, gerente, oficinista de una institución o empresa tiende a eliminar cuanto más posible, hasta todo lo que no le es útil y el archivero se fija en la disponibilidad de locales, el historiador tiende a ser "maximalista", deseoso de preservar cuanto más sea posible, porque supone que cualquier papel podrá despertar interés de alguien en el futuro. Le es difícil sujetarse a la tiranía de medios económicos que a menudo le obligan a la elección, conservar poco y bueno. En las Comisiones de Selección

que proponemos se formen en todos los países, la palabra del historiador tiene que ser escuchada.

El Perú cuenta con buena legislación archivística. Conozco la Ley 19414 que he estudiado detenidamente, asimismo su reglamentación, pero su cumplimiento cabal requiere la colaboración de los historiadores. Por suerte, aquí como en muchos otros países, el cuerpo de personal de archivo cuenta con buen número de archiveros, historiadores, investigadores y cultivadores de estudios humanísticos, que son verdaderos abogados y defensores de la archivalia en peligro de indiscriminada eliminación.

La selección que decide sobre el valor perimido y la conservación temporal y la permanente es la más delicada función archivística, porque condena a vida o muerte el documento que es la razón de ser de los archivos. La preocupación por la sistemática conservación de documentos de valor histórico, en algunos países va tan lejos que se toman previsiones legales para confeccionar los documentos de valor permanente en el papel y con la tinta de calidad especial, dada la pésima calidad del papel corriente.

Si el historiador entra en los programas de planificación de documentación informativa, en la cual entran y se cuentan las fuentes históricas y las actuales como potenciales fuentes para el futuro, su función está bien determinada de acuerdo a sus conocimientos profesionales que desempeña con el riguroso método científico. Asimismo, toma en consideración que los estudios históricos actuales se caracterizan por su extensión en varios aspectos, algunos de los cuales queremos acentuar:

la extensión cronológica, que prescinde del anterior enfoque que requería cierta distancia en tiempo y proyecta sus estudios hasta el momento actual, en el cual desemboca el pasado;

la extensión temática que pretende abarcar los antecedentes en el pasado para todos los ámbitos de la vida, en todas sus manifestaciones, problemática y dinamismo que interesan al hombre actual, especialmente en el campo socio—económico;

la extensión geográfica que no busca sólo los grandes centros de acaecer nacionales, culturales, etc., sino todos los lugares, aun apartados y aparentemente insignificantes;

la extensión cualitativa y cuantitativamente humana, con investigadores formados con una rigurosa metodología científica, en constante mayor número de institutos especializados y con trabajos en equipos que incluyen aun los estudiantes, la gente joven, agrupados para abarcar amplios temas previamente planificados;

la extensión a todas las fuentes de información, que se multiplican con los adelantos logrados por el enorme desarrollo científico tecnológico, la que produce las enormes masas documentales de diversos tipos y soporta, en papel, en reproducciones, en fotografías inclusive la microfilmación, las cintas y discos grabados, en películas mudas y sonoras.

A estas extensiones permítasenos agregar una más, que en cierta manera rebasa el "métier", la profesión del historiador concentrada en el estudio del pasado: pensar en el futuro, ayudar, asesorar en el deseo, para no decir obligación moral, de perpetuar la memoria, el testimonio del "presente" en su inevitable metamorfosis en el "pasado" para el ya próximo y el más lejano futuro, por medio de sistemática conservación de fuentes. Y este es el tema central de nuestra charla: el interés del historiador por testimonios actuales, pero no para la pesquisa inmediata de res gestae actuales sino para valorarlas como fuentes futuras actuando como consejero, que inicia e impulsa la planificación heurística actual, con incursiones marginales a la crítica documental.

Ex officio, los bibliotecarios, archiveros, conservadores de museo, documentalistas se ocupan de recoger y conservar el material respectivo, cada uno en su ambiente y de acuerdo a las finalidades y funciones inherentes a sus instituciones. Por su naturaleza varias instituciones tienen la obligación de conservar indefinidamente los objetos de su custodia: las bibliotecas y hemerotecas, los archivos históricos, los museos de índole histórica inclusive arqueológica.

Sin embargo, la intervención del historiador puede y, a veces, debe ser requerida y establecida legalmente.

En muchos países las bibliotecas nacionales deben reunir todos los libros que se publican en el ámbito nacional, obligadas por las leyes. Lo mismo conviene establecer para los periódicos. Si un depósito en hemerotecas no está respaldado por la ley, no hay garantía de contar con colecciones completas. El diario, por ejemplo, es de corta actualidad; hoy casi nadie lee el diario de ayer, porque su noticia ya es superada por la radio, televisión y el diario de hoy, así que es objeto de eliminación. Los periódicos, sobre todo los diarios, constituyen una fuente inapreciable de información junto con la archivalia la más extensa en el campo grafístico. Desde que aparecieron en la época contemporánea, se han constituido en un competidor de la archivalia, rebasando el ámbito informativo archivístico que es de tipo oficial, sea de actividades públicas o privadas, mientras que el periódico es más narrativo y, como tal, mucho más diversificado y amplio en temas que toca; casi nada escapa al interés del periodista y, por su intermedio, del lector. Pero su informe está expuesto al mayor grado de subjetivismo.

Aquí el historiador tiene un campo de actividad: señalar eventuales defectos en la conservación sistemática y completa de los periódicos y, como ya dijimos al tratar la crítica histórica, valorar la veracidad de las informaciones.

Centros de documentación, que nosotros llamamos documentarios, grandes o pequeños, recogen las informaciones sobre bien determinados temas o actividades de cualquier fuente de donde procedan. Allí son procesadas y utilizadas para el constante progreso de las instituciones que los utili-

zan. Deben estar "al día". Pero estas fuentes de información son, a menudo, de vigencia muy breve —superadas, suplantadas por nuevos resultados del progreso científico técnico actual— y, una vez cumplida su misión informativa, la fuente prontamente "envejecida" está madura para la eliminación. En este momento neurálgico debe intervenir el historiador, o el profesional que valora este documento "pasado de moda", "anticuado", como potencial fuente histórica en el futuro. Porque, entre las masas de material que prestan las informaciones de valor perimido, hay piezas que revisten interés para el desarrollo de las especialidades que documentan. La tendencia general es de eliminar los documentos de información superada por nuevos resultados de investigaciones, prácticas, experiencias, para que se libre el lugar que ocupará la nueva fuente informativa, que servirá para la nueva planificación y ejecución. Es suficiente mencionar los documentarios de algunos periódicos, para darse cuenta de lo que significa la acumulación de informes de diversa índole. Aquí, como en el archivo, la eliminación indiscriminada puede llevar a verdaderos estragos, si no interviene, con o sin disposiciones legales —mejor que las haya— la comprensión del problema hasta los órganos de decisión. Continuamos reiterando lo dicho para los archivos: son necesarias las Comisiones de Selección, donde debe tomar parte muy activa el historiador.

Delicada es la situación de materiales especiales de registro de la imagen y de la voz, que forman parte de fototecas, fonotecas, cinematecas. Parece que los institutos respectivos son, todavía, un lujo en nuestro medio ambiente.

Fototecas. Con las fotografías ocurre algo parecido que con los periódicos; la fotografía tiene, a menudo, el interés perimido, y por ser común y cotidiano, no se le da importancia de proyección en el futuro.

Es de tratar la sistemática recolección y preservación de las fotografías, inclusive los productos de microfotografía que se producen y que deben resistir al impacto de eliminación arbitraria.

La situación de fonotecas y cinematecas es igualmente, si no aún más delicada. Pocos son los archivos audiovisuales. No podemos silenciar el más importante en América Latina, el del Archivo General de la Nación en Buenos Aires. La producción de tales materiales es grande especialmente por las instituciones y empresas de medios masivos de comunicación, sea escrita, sea por radio, televisión y cinematográfica.

Los discos y cintas grabadas y las películas sonoras y mudas a menudo se eliminan, o simplemente se horran con la rapidez con que se producen para ceder lugar a nuevas voces e imágenes. Nos preguntamos, si existe sistemática selección y conservación de informes y noticias de radio no registradas en los diarios, y las películas de televisión, amparada por la ley y/o por la conciencia de los responsables, en vista a su futura utilización. Quizás en el año 2000 se pregunten por qué no se han conservado las cin-

tas grabadas de tantos acontecimientos y personalidades que han actuado en 1976 y pasado por los canales de televisión. Tendrán algunas fotos en diarios y revistas, pero no la imagen en movimiento y la voz que la complementó. Los noticieros, nacionales y locales, los actos oficiales, culturales, etc. están llenos de material audio—visual que podrá, sin duda alguna, tener interés en el futuro.

El año pasado, 1975, la UNESCO ha proclamado el “año de la mujer”, con toda justicia, en reconocimiento del papel que desempeña la mujer no sólo en la insustituible función de ama de casa, sino también en la vida profesional, pública. Realmente, la mitad de la humanidad está ya hace milenios sumergida en la penumbra, si no en la oscuridad del pasado, sin que las fuentes históricas se ocupen debidamente de ella, y ella es la inseparable compañera del hombre, del mismo valor, dignidad e importancia humana, que trasluce como constante indeleble lo “eternamente femenino” que atrae al hombre, sea como esposa, madre, hija, compañera, amiga, aún amante. Tanto en los hechos más heroicos, abnegados, creadores del hombre, como en el bajo fondo de la debilidad, crimen, traición, se proyecta la sombra de la mujer y, para comprender en sus causas más o menos inmediatas las “*res gestae*” realizadas por los varones, habría que, con imaginación y lógica, buscar a la mujer. Queremos darle, personalmente, nuestro modesto homenaje en esta conferencia, más aún al ver que buena parte de los participantes de esta conferencia son las mujeres, falsamente llamadas el sexo débil. Y ahora nos preguntamos: ¿aquí, en Perú, igual que en los otros países a lo largo de los continentes, se han captado, registrado, perpetuado todos los actos organizados en 1975 en relación con el “año de la mujer”? O fue una de tantas omisiones; v. gr. ¿se han grabado voces, declaraciones de mujeres?

Información *fotográfica*, v. gr. de edificios que se destruyen. El progreso urbano entrega al martillo y a la máquina demoledora grandes áreas (particularmente las centrales y de mayor antigüedad) de las ciudades, no perdonando el aspecto, quizás para muchos de sabor “romántico”, de ambientes de época colonial o del siglo XIX, que son mudos testimonios de ambientes de vida, con su gusto artístico, artesanal.

Sin la preocupación de quienes saben valorar estos ambientes y quieren conservarlos para nosotros y para las generaciones futuras y levantan su voz y emplean su influencia, no se salvaría nada enfrentado con el incontenible desarrollo, necesidad de construir edificios más amplios, ensanchar calles y plazas, mejorar las comodidades con servicios que brinda el adelanto técnico enfrentado con poderosos intereses económicos y con planificadores que tienen poder de decisión.

Entonces, aparte de declarar “monumentos históricos” o de “interés artístico” o “urbanístico” (arquitectónico) uno que otro edificio, iglesia o monumento que se salva, pero sumergido entre rascacielos, el documenta-

lista por lo menos trata de perpetuar en fotografía el aspecto de los edificios destruidos y, si no existe, elaborar el plano, para que en el futuro se sepa que en el lugar de un soberbio edificio de un ministerio, banco, etc, antes estaba tal casona en que quizás vivía un personaje o familia de renombre.

Al pasar por primera vez por Lima hace diez años y vuelto ahora, qué cambios hemos notado en la vieja ciudad, inexorablemente herida en su preciosa tradición edilicia.

Museólogo. Objetos, productos humanos. Lo que hoy es normal, cotidiano, no llama la atención, será de interés en el futuro; a menudo las cosas más cotidianas, comunes, no se conservan sistemáticamente por ser tales.

Automatización. Algunos comparan a las máquinas electrónicas con el invento de la imprenta: la revolución informativa (en sentido amplio) del libro impreso en el siglo XV se compara con la producida en la actualidad por las máquinas de procesamiento electrónico de datos.

La capacidad de almacenaje (en tarjetas y cintas perforadas, cinta magnética, discos, núcleos), de recepción y de procesamiento de enormes cantidades de información en bancos de datos, y su recuperación; transformación en lenguaje de las máquinas, nos ponen frente a cuestiones no fáciles de resolver.

¿Existen programas de sistemática conservación de esta acumulación para el procesamiento?

Ya hace años nos hemos adherido a las tendencias de fomentar la confección de memorias, biografías y autobiografías de las personas que desempeñan importantes actividades en diversos campos de la vida local, nacional e internacional. Las fuentes documentales de índole "objetiva", dan los informes más o menos externos de su labor, los periódicos amplían a varios aspectos narrativos, pero también de índole más o menos externa, es decir de las manifestaciones sociales sin tocar los pensamientos y el sentir íntimo de los protagonistas, o cuando se trata de acercar a lo más íntimo, ellos tienden a cerrarse o expresar lo que consideran conveniente para que sea conocido a otros y que su imagen no sufra menoscabo.

Si toda ciencia busca la verdad, lo verdadero y quiere ahondar hasta los más profundos límites cognoscitivos a los cuales puede llegar, la historia lo hace con el hombre como individuo y ser social, componente de toda la humanidad, la que es, en última línea, el objeto final, de su pesquisa dentro de su evolución en el pasado. Esta evolución, que sigue por los eslabones de causas y efectos, encuentra en las fuentes más información sobre los efectos, al referirse a los "datos", "hechos históricos", "res gestae" dando pocas veces la explicación intencional de las causas, las cuales debe escudriñar el historiador en base a la interpretación de los datos disponibles. Las verdaderas causas del desarrollo humano están en el hombre, en su interior de ser pensante, de sentimientos y sentidos psíquicos, suficientemente libre

para determinar con voluntad las decisiones. Los actos exteriorizados por fuera no revelan siempre los móviles internos que son verdaderas causas humanas de hechos. Tales móviles, que quedan como secretos personales o revelados a pocas personas de confianza, no alcanzables en sus obras personales si las hay, ni en los archivos, periódicos u otras fuentes accesibles al investigador, y si no se expresan, comunican explícitamente por letra o voz registrados; quedan inescrutables para siempre.

Frente al peligro de que, con la desaparición de tales personas se pierdan valiosos informes, es de recomendar enfáticamente los esfuerzos de estimular, inclusive asesorar e intervenir en la elaboración de memorias, biografías y autobiografías. Un medio complementario de los manuscritos autógrafos lo constituyen las entrevistas o las grabaciones de las declaraciones que hacen las personas que no se deciden a escribir, pero están dispuestas a revelar sus pensamientos íntimos en aras de la verdad y la cultura, a descubrir sus esfuerzos con triunfos y fracasos, el fervor de sus entusiasmos e ilusiones, los impactos sentidos en la intimidad, su lucha en el medio ambiente y, si la sinceridad se impone sobre el amor propio y la vergüenza, los errores y equivocaciones inalienables al ser humano.

Equipos de especialistas en las entrevistas, periodistas e interlocutores, pueden prestar buenos servicios, asesorados por los historiadores.

Se dice que el valor del elogio se gradúa por la importancia de la persona que lo eleva. Por modesto y pequeño que resulte nuestro elogio, queremos expresarlo para el campo que conocemos más de cerca en Perú, a saber de las actividades archivísticas y de paso relacionadas algo con las históricas. En Perú, en la organización de archivos históricos cumple una encomiable labor la Dirección del Archivo General de la Nación, que ha establecido el primer plan piloto latinoamericano en vista a programar el Sistema Nacional de Archivos, extendido a todo el país. También nos enteramos un poco sobre los esfuerzos en el Archivo Municipal de Lima, la Universidad de San Marcos y la Universidad Católica y, muy especialmente, en este prestigioso Instituto Riva - Agüero con su colección documental, que está en vías de una organización ejemplar. Nuestros augurios para que esta obra marche con el mismo empuje que las que se realizan en el campo histórico, arqueológico y otros que se ocupan de acervos fontanales y que escapan a nuestros muy limitados conocimientos.

Para concluir, ¿es demasiado —nos preguntamos—. expresar la conveniencia de que los historiadores por propia iniciativa dentro de las instituciones nacionales y en coordinación con los programas regionales e internacionales, v. gr. de la OEA, la UNESCO que propugna la implantación de Sistemas Nacionales de Información (NATIS), etc., incluyan la planificación global de conservación y de creación de acervos documentales que podrán servir como fuentes para el mejor conocimiento de nuestro presente a las generaciones del futuro?